



EN EL VORTICE DE LOS TIEMPOS

POR

JUAN FRANCISCO YELA UTRILLA

NADA TE TURBE

STA. TERESA

Un seísmo de oscilación siempre creciente está sacudiendo los diferentes estratos de la vida humana, desde los más someros que no rebasan el nivel de lo puramente animalístico, hasta los más profundos, donde se esconde el espíritu y el alma toda: vorágine, ciclón, torbellino, vórtice, son los símiles físicos más apropiados para imaginar lo metafísico actual.

A ello se ha querido indudablemente aludir, cuando se habla de los martillazos que nuevos Noés descargan sin cesar sobre las maderas con las que *preparan* la quilla salvadora en el presentido cual inminente naufragio.

A tal *preparación* noémica han precedido los funestos augurios de crisis, decadencias y ruinas, los fatídicos *Mane, Tecel, Fares*, presagiantes como inevitable y a fecha fija el *acabóse* de nuestra cultura y aun de nuestra civilización por levedad de una y otra, que las ha convertido en tamo impalpable arrastrado por el remolino de los tiempos para ser esparcido por todos los ámbitos del mundo: la única *seguridad* es la de la *inseguridad* de todos y de todo; la única certeza es la de la ruina, la única esperanza es la de lo inevitable o irremediable.

Vaticinios tales que ya suponían un alma mecanizada, campo abonado para su proliferación, eran propicios a sumir nuestra edad en un fatalismo o resignación ineluctable, en la desesperación de lo fatalmente necesario, en un *qué más da, lo mismo da, o todo es uno y lo mismo*, frases de sabor panteístico.

Tan sólo como débil respuesta reaccionante aparecen esos Noés que se *preparan* y junto a ellos, la serie de Sibilas que nos hablan de *un orden nuevo, de tiempos nuevos, de plenitud de tiempos*, ecos puramente fraseológicos de la célebre égloga virgiliana, inspirada al contacto con los días preñantes de la plena unidad del mundo romano y del nacimiento del Salvador.

Sin la inspiración de Virgilio y carentes de toda originalidad no pasan la mayoría de estos agoreros de vulgares proyectistas o arbitristas, epígonos o fauna abundante de toda época que se cree decadente, de todo tiempo que se presiente en ocaso, después de haber cobijado máximos esplendores.

Salta por otra parte a la vista que nuestra atmósfera, el ambiente actual, está, sino saturado, por lo menos con cierta

carga de expectación, de mesianismo: se presiente el advenimiento de algo, la parusia de *un no sé qué*, orientado a cambiar radicalmente el rumbo de todo, ya que todo se halla precisamente en el límite, en el centro del remolino o vórtice de los tiempos.

La inestabilidad, el desequilibrio, pese al mecanicismo que se quiere imponer a la vida, es el signo de este presente de convulsión paroxística. El temple, el humor de la hora actual, se orienta a exprimir, a agotar la vida reduciéndola al momento, y de aquí ese tirar del futuro, de arrancarlo a todo trance de sus umbrales para consumirlo y derrocharlo. El presente de por sí no cuenta para nada: lo miramos únicamente como llave que abra de par en par lo porvenir, cual varita mágica que hubiera de desplegar de un golpe los pliegues y repliegues de lo venidero. En cuanto al pasado, se intenta borrar como pesadilla que pudiera turbar la visión de lo que está por llegar. Niños, nos hemos imaginado el futuro cual juguete puesto en nuestras manos, anhelantes por averiguar su interior, su contenido, sin pensar que tal intento equivale a tomar el sendero de la nada, del aniquilamiento.

Y este ritmo futurista no sólo se vive por los esperanzados Noés y por las Sibilas del orden nuevo, sino que ha llegado a prender incluso en los mismos fatalistas, que ven llegar resignadamente la ruina de los tiempos al sentirse colocados en su vórtice, donde ya no cabe un más allá.

Resignados y esperanzados, arbitristas y fatalistas, todos exigen a las Parcas que impriman la máxima velocidad a los usos en los que se van *perfilando* sus destinos, como originándose o derivándose del manantial del futuro donde yacen soterrados. No se conforman con ese *perfilear*, siquiera la rapidez del mismo haga desaparecer hasta la silueta del rotante uso: preferirían que un nuevo *Sésamo* cabalístico hiciese patentes los secretos todos de la existencia futura, del existir mismo en cuanto tal.

Huímos del *carpe diem* horaciano, de la morosidad en el placer del momento, y no porque creamos en el futuro, no porque estemos dispuestos a *entregarnos* confiadamente en sus brazos, sino porque el ansia, una agudizante angustia se adentra hasta los más íntimos repliegues de nuestro ser, no encontrándose con nada en qué detenerse, en qué reposar, donde saciarse o calmarse. Esta angustia es anhelo en pos de un dique o estancamiento que contenga las alas del futuro, el cual suplanta incansablemente el presente para caer irremediablemente en la oquedad, en la sima del pasado. Dijérase que el tiempo ha perdido en extensión, para ganar en intensidad; mejor: que el tiempo se ha reducido completamente a intensidad, desapareciendo del todo su capacidad de tenderse o desplegarse, adquiriendo ritmos lentos o acompasados.



Si todas las manifestaciones o formas vitales del hombre, tanto individual, cuanto colectivamente considerado, se hallan impregnadas por lo trágico de esta vorágine, si el arte ha sido una de las primeramente sujetas a este ritmo desequilibrante y convulsivo—valga la paradoja—, la filosofía no podía estar mucho tiempo alejada del torbellino, sentirse ajena al vórtice de los tiempos actuales. Si todos sus problemas llevan el sello de lo perenne y duradero, la vorágine, el vórtice de los tiempos está señalando un límite, acentuando una situación limital, algo también por tanto duradero y perenne.

La lechuza, el ave de Minerva, dice Hegel, rompe a volar con el crepúsculo, cuando el día está acabado, cuando los seres se acercan a su perfección o plenitud, cuando se pisa el límite de las cosas. Si estamos llegando con el vórtice de los tiempos, con el remolino de la vida actual a una verdadera *época*, a una suspensión o paréntesis, campo será éste donde la Filosofía, siguiendo el aforismo hegeliano, encontrará am-

plia mies que segar; será este nuestro actual vísperas de una auténtica *época*, época también por excelencia o de florecimiento respecto de la Filosofía, época de caza abundante para el ave de Palas.

Y no podemos decir que la realidad deje de estar en plena consonancia con tal deducción; el hervor filosófico ha ido aumentando en lo que llevamos de siglo: no parece sino que la sequía o miseria filosófica de la segunda mitad de la pasada centuria, ha venido a compensarse con lluvias torrenciales, con plétora de Filosofía.

Uno de los temas favoritos del pensar filosófico presente está, como no podía por menos, en conexión con esa vorágine o temporalidad arremolinante de la vida actual. Desde los tiempos de S. Agustín, quizá muy parecidos a los nuestros, no se ha hecho objeto esa esfinge del tiempo de tan extensas cuando sutiles elucubraciones. El enigma del tiempo que por primera vez, que sepamos, absorbe plenamente la atención filosófica en el libro XI de las *Confesiones* del Obispo de Hipona, el cual lo aborda con una maestría insuperable, ha vuelto a la superficie de la corriente filosófica, para levantar en ella ondas de magnitud inigualada. Desde Husserl a Heidegger, desde Volkelt a Bergson y Reichenbach, desde Einstein, Duhem y Langevin a Witt y Eddington, es el tiempo tema preferido de la investigación actual científica y filosófica.

Y con el tiempo se ha unido o, mejor, reprimado el *problema del ser* bajo el matiz de la existencia o existencial, y de ahí esa filosofía última, novísima, que se ha bautizado con el nombre de *Filosofía existencial* o *de la existencia*, la cual va a ser no pocas veces punto de referencia en este nuestro ensayo (1).

(1) No tratamos de exponer, Dios nos libre de intentarlo siquiera, los rasgos principales de la llamada *Filosofía de la Existencia*, ni mucho menos de *refutar* sus principales motivos: tan solo aludiremos a ella como signo

El remanso de un río, las tranquilas aguas de un lago, la superficie del mar en calma, zonas desértico-esteparias, como la que se extiende al sur de Huesca entre Lérida y Zaragoza, la soledad de las Babias en la provincia de León, la serenidad del crepúsculo vespertino, de las pálidas tintas de tarde otoñal, aun tan solo reflejadas en cuadros como el *Angelus* de Mille, todas estas cosas son las más alejadas de la vorágine actual, del vórtice de los tiempos a que la vida moderna nos ha llevado.

En la serenidad de la vida campestre, eglógica, nos encontramos, como nota típica de la misma, totalmente apartados

indudable de nuestro tiempo y aun la enfrentaremos con alguno de nuestros pensamientos. Quien desee enterarse de esta filosofía novísima puede recurrir a las dos obras que la han originado, a saber: *M. Heidegger, Sein und Zeit*; págs. 1-468 del vol. 8.º del *Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung*, publicado por E. Husserl (Halle, Niemeyer, 1927; hay también varias ediciones aparte, ya cuatro en 1935, de esta obra); *K. Jaspers, Philosophie*, 3 vols (Berlín, Springer, 1932): el primero de estos volúmenes comprende una *Introducción a la Filosofía* de interés capital y una *Orientación filosófica en el universo*; el segundo volumen se ocupa con la *Elucidación de la existencia* y el tercero lleva por título *Metafísica*. Como estudio sobre Heidegger citaremos el de G. Misch, *Lebensphilosophie und Phänomenologie* (Leipzig, Teubner, 1951), publicado anteriormente en la revista *Philosophischer Anzeiger*, años III-IV (Bonn, Cohen, 1928-30); y sobre Jaspers, el de G. Marcel, *Situation fondamentale et situations limites chez Karl Jaspers*; págs. 517-548 del segundo año de los anales *Recherches Philosophiques*, publicados por A. Koyré y otros (París, Boivin, 1932-33). Como es sabido Heidegger, después de haber sido uno de los principales prosélitos y discípulos del fundador de la *Fenomenología*, E. Husserl, sigue en sus obras senderos propios, distintos de los del maestro. Este hizo patente su desacuerdo en una conferencia, verdadero acontecimiento filosófico, que dió en la Universidad de Berlín en junio de 1931. Véase sobre esto último el artículo *Die Welt wird eingeklammert* por H. Mühsam en el diario *Vossische Zeitung*, número 272; Berlín, 12 de junio de 1931. Forma parte dicho artículo de la *Unterhaltungsblatt*, número 134, aparecida en el número del dicho día 12 de junio.

o por lo menos distantes de la inquietud, del *cuidado*. ¿A quién no le vienen a la memoria los versos del poeta venusino?:

¿Quis non malarum, quas amor *curas* habet,
haec inter obliuiscitur?

Con más insistencia aún centra Fr. Luis de León en la ausencia del cuidado uno de los caracteres de la vida campestre o retirada, al cantar:

No *cura* si la fama
canta con voz su nombre pregonera.
ni *cura* si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta a mi contento,
si soy del vano dedo señalado,
si en busca de este viento
ando desalentado
con *ansias* vivas, con mortal *cuidado*?

¡Oh monte, oh fuente, oh río,
oh secreto seguro, deleitoso!
Roto casi el navío,
a vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.

.....

Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo.

(De la oda *¡Qué descansada vida!*)

El uno mientras *cura*
dejar rico descanso a su heredero,
vive en pobreza dura,
y perdona al dinero,
y contra sí se muestra crudo y fiero.

El otro que, sediento,
anhela el señorío, sirve ciego:
 por subir su asiento
 abajase a vil ruego
y de la libertad va haciendo entrego.

(De la oda *A Felipe Ruiz*)

«Ajeno del *cuidado*
 que al mercader sediento trae *ansioso*,
 de sólo Dios pagado,
 se goza el religioso
libre del mundo falso y engañoso.

(De la oda *A la vida religiosa*)

Quedan relevados inconfundiblemente a través de todo lo anterior dos clases de tiempo: uno, intensivo, paroxístico, falto por decirlo así de extensión, todo ángulos, aristas o vértices, frente a otro que se confunde de alguna manera con la extensión, que se destemporaliza por decirlo así hallando su límite en el reposo, en la calma, en la tranquilidad, y en medio de un tiempo tal es cuando el *cuidado* huye del alma, la angustia, el ansia se apartan de nuestro ser.

Más con el tiempo extenso, de ritmo lento o pausado suele juntarse también juntarse un reposo de calma, no solo externa, sino también interna, una calma de somnolencia, de inacción o muerte. En la eglógica serenidad campestre mientras asimismo el poeta angustia este aspecto, al pintar de mano maestra:

Libet iacere modo sub antiqua illice,
 modo in tenaci gramine:
 labuntur altis interim ripis aquae,
 queruntur in siluis aues,
 fontesque lymphis obstrepunt manantibus,
somnos quod inuitet leues.

Y esta placidez aneja al tiempo acompasado, lento, calmoso, es algo de nivel infrahumano en cierto aspecto: el ani-

mal, cuando no se ve excitado o llamado por el exterior, ante un tiempo de ritmo no agitado, acaba también por dormirse, precisamente por estar falto de *vida interior* o de *tiempo interno*.



Evidente que lo humano flechando lo trascendente o divino, hemos de adjudicarlo al místico y al filósofo, y tanto el filósofo cuanto el místico huyen del ritmo acelerado del tiempo, buscan la *soledad*, la *quietud*, la *ausencia de todo cuidado*, que solo en situación tal habla al alma Dios y la vida interior produce sus más óptimos frutos. Y con el filósofo y místico hemos de juntar al héroe y al aventurero. La *preparación* del héroe es algo sin lo cual no podemos comprenderlo, y esta preparación, verdadera iniciación, presenta como su primer paso el retiro a la soledad, el reposo, la fuga mundi, la huida de lo voraginoso del tiempo, el alejamiento de los acontecimientos exteriores. Sin entrar en lo divino revelado—Cristo en el desierto—, recordemos a nuestro propósito la anécdota de Hercules atribuida al sofista Pródico, la cual se nos ha transmitido sucesivamente por Jenofonte y Cicerón.

El huir del tumulto exterior, de los *cuidados*, equivale a buscar el mundo de lo interior, el *ipse solus*, la soledad o solipsismo. Y esta búsqueda origina un *tiempo interior* de una intensidad y cualidad bien distintas de las que caracterizan el tiempo exterior, el del mundo de los *cuidados* y *afanes*.

Nuestro ser, nuestra existencia, si se quiere, ante un tiempo exterior rápido, vertiginoso, se va disipando poco a poco; surgen los fenómenos del *ansia*, de la *angustia*, de la expectación, todos los cuales significan un vaciarse continuo e *in crescendo* de soportes interiores, de substancia íntima, al propio tiempo que un grito de angustia en busca de un algo interior sustentante. Tal estado puede conducir al límite fatalis-

ta, panteístico del *lo mismo da*, de la resignación por pérdida total del resorte interno, o bien a una expectación que lo proyecte todo en lo futuro y que se consuma en su propia ansia o angustia.

Si todo ello es típicamente de nivel humano, superior a lo puramente animalístico, si hasta puede ser punto de partida del filosofar, si, en una palabra, es característico de nuestros tiempos, resulta cuestión bien distinta entrafñar tal fenómeno y la filosofía, basando de algún modo sobre él la misma metafísica o filosofía primera.

A partir de Kierkegaard se ha elevado a problema básico en el pensamiento filosófico el de la angustia; el filósofo danés ha influido evidentemente sobre los creadores de la *Filosofía de la Existencia*, Heidegger y Jaspers: expresamente lo confiesa este último.

Heidegger halla en la angustia una patentización notabilísima de la existencia; ésta a su vez incluye como uno de sus elementos esenciales el temple, humor, temperamento o estado de ánimo, el cual se entrafña fundamentalmente en la angustia.

A su vez el ser de la existencia aparece interpretando como *cura, sorge* (cuidado) y seguidamente averado como tal. Cita Heidegger, cual confirmación de su tesis, la fábula sobre el cuidado, que aparece en la colección atribuida a Higino el mitógrafo. En la disputa sobre quien ha de dar nombre al nuevo ser, en cuya génesis han intervenido el cuidado, la tierra y Jupiter, decide la cuestión Saturno, poniendo al ser neonato mientras viva bajo la tutela del cuidado o *cura*.

Dice así la fábula:

Cura enim, quia prima finxit, teneat quamdiu uixerit.

En cuanto al nombre, ha de llamarse *homo*, como hecho *ex humo*:

homo uocetur, quia uidetur factus ex humo.

Si de Heidegger pasamos a Jaspers, topamos inmediatamente en consideraciones sutiles y profundas principalmente en torno de la existencia, de lo *presente*, del *ser aquí* (*Dasein*). De importancia capital es para Jaspers el tema del filosofar en cuanto tal; estudiando tal problema aparece acuñado el título de *Filosofía de la Existencia* que es esencialmente Metafísica.

La enfrentación con los pavorosos problemas *qué es el ser, quién soy yo*, etc., ha de hacerse inevitablemente partiendo de una situación o posición, desde la cual se *busca* un apoyo o sostén, algo fijo que aleje de nosotros la angustia que nos oprime ante lo pasajero e inestable de todo. Precisamente del fracaso en este buscar o inquirir, surge el filosofar, como búsqueda por la que nos colocamos en una existencia posible, desde la cual apuntamos a lo transcendente. Por tanto del fracaso al no hallar algo fijo en la búsqueda del ser, se pasa al filosofar, que permanece siempre, perennemente, búsqueda a su vez: movimiento cuyo punto central es la existencia. Filosofía es la *búsqueda del ser*; su origen o principio es la *existencia posible*, y su método, la *transcendencia*.



¡Magnífica aventura en el vivir humano la del filosofar! Tan solo superada por la aventura mística o religiosa. De plácemes mil se ha hecho acreedora la *Filosofía de la Existencia* al acentuar especialmente esa magnífica aventura, tratando de bucear en sus abismos y de ganar sus cimas; de paso al proponerse como uno de los temas centrales *el ser presente, el ser aquí y la existencia*, ha contribuido a revalidar definitivamente lo metafísico, frente a las negaciones positivísticas y neokantianas. Si a primera vista se presenta la *Filosofía del existir* con acentos psicologistas, en realidad ha descubierto un rico y auténtico filón metafísico, no sospechado y por consiguiente no explotado por la filosofía griega.

La *Filosofía de la Existencia* no puede desde luego desconectarse de la época actual: sus elucubraciones sobre el tiempo, sus análisis de la angustia, del cuidado, de los límites en lo humano, se basan indudablemente en algo, sino patológico, a lo menos que sabe a patología y que es propio del vivir contemporáneo.

Es un problema obvio, cómo la Filosofía no ha hecho hasta ahora objeto de tan sutiles investigaciones la *existencia*, el *existir* y aun el tiempo; la metafísica, siguiendo los cuadros tradicionales de ese ciempiés recopilado por los discípulos de Aristóteles, cuyo nombre obedece a una casualidad, ha sido más que nada una *filosofía de esencias*. El *existir y la existencia* ascienden a puesto encumbrado, principalmente a partir de la filosofía escolástica renacentista, pero es únicamente enfrentados uno y otra con la *esencia* y como girando en su derredor, cual sucede en la cuestión batallona relativa a la *distinción entre esencia y existencia*.

La agudización de este problema, como la de tantos otros ajenos a la metafísica aristotélica, fué motivada en parte por la orientación hacia lo *singular y concreto*, cuyas raíces han de buscarse en lo más íntimo de la teología cristiana, al tener que enfrentarse con misterios como el de la Encarnación, en el cual aparece la naturaleza humana asumida por el Verbo.

La idea de Dios, de lo trascendente, no se acusa en la filosofía griega con los rasgos personales e individuales, que la metafísica o teología natural cristiana, por influjo de la revelación atribuye a la divinidad: un Dios personal, creador y libre, es totalmente ajeno al pensar filosófico del mundo helénico.

Al encuadrarse las doctrinas reveladas en la metafísica aristotélica pierden algo de lo concreto o individual para abstractizarse o platonizarse: se habla más de esencias que de existencias; se discute más sobre lo universal, que sobre lo singular. Quizá la misma *distinción real* entre esencia y exis-

tencia de los seres creados defendida por no pocos escolásticos acuse de los universalísticos o abstractos, resabios platónico-aristotélicos. El negarse tal distinción basando la diferencia entre el ente creado y el increado en otra clase de composiciones, es un paso hacia lo singular, hacia lo concreto: uno y otro triunfan en la filosofía a partir del Renacimiento, con el sólo paréntesis u ocaso del racionalismo.

Con la *Filosofía de la Existencia* el campo filosófico gana en horizontes, así como el pensar se sutiliza y ahonda más y más: tales horizontes, sutileza y profundidad tales, sólo encuentran algo parecido en lo mejor de la Escolástica. En la metafísica que cultiva la Filosofía de la Existencia el existir humano, el hombre, es el centro: lo humano en el mundo o frente a la totalidad del universo; lo humano en la ciencia, en el *querer del saber*; lo humano en la historia; lo humano en los mitos, en la religión, en la mística. Todos estos temas son casi totalmente ajenos a la recopilación aristotélica de la metafísica: se ven preluados únicamente por la filosofía cristiana, en la cual la libertad del hombre frente a la libertad y omniscencia de Dios llega a ocupar uno de los centros de la especulación, sobre todo a partir del Renacimiento.

Cierto que la misma negación de la metafísica, bandera del positivismo, ha influido quizá no poco en esta dirección concreta, individualizante, por decirlo así, de la metafísica existencialista: por reacción se ha debelado al positivismo en su mismo campo y con sus propias armas. Si el positivismo no pía sino por hechos—*facta, facta*, como el personaje de Dickens—, basándose en lo concreto, en lo empírico, intentaba hacer incompatible todo ello con la metafísica, ésta ha encontrado uno de sus más fuertes apoyos para subir a la transcendencia, justamente en la investigación de eso mismo concreto, individuo, empírico, tan cacareado por las corrientes positivísticas.

La vorágine de los tiempos nos ha conducido como de la mano a una filosofía que, al reflejar dicha vorágine, converge hacia temas como el *tiempo*, la *existencia*, la *angustia* y el *cuidado*, etc. Heidegger, según vimos, en su penetración por la selva oscura del ser y del existir, parte como de puntos de vista relevantes, de la *angustia* y del *cuidado*. Sin negar la altura humana y metafísica de ambos problemas, nos atrevemos a relacionarnos más con una filosofía actual, con una metafísica apuntando a la forma vital humana de nuestro presente, que con una filosofía perenne, de todos los tiempos, si es que cabe una tal filosofía. Aun más: tales temas están relacionados con el hombre del día que yace bajo el inminente peligro de ser mecanizado, con el hombre que a punto de perder totalmente su vida interior ha sido arrebatado por el torbellino de los tiempos actuales. Por eso el valor de tales estudios, el alcance de tales temas, no rebasa quizá lo actual y aun dentro de esto mismo, es posible que tengan más bien carácter heurístico: quizá no pasen de caminos o senderos que la vorágine de nuestra edad ofrece al pensar filosófico para adentrarse en profundidades metafísicas.

Se explica, supuesto lo anterior, que filosofías tales encuentren amplia comprensión y hasta aplauso en la mayoría de los pueblos de Europa, que perdieron su sí mismo en la dispersión renacentista, lanzándose camino del desorden religioso, político y económico, hasta hacer de esto último base de todo. También es aceptable que haya pueblos aún en Europa, que por no haber sido arrastrados totalmente por la corriente ciclónica, no se sientan sujetos al paroxismo del vértigo, no se vean en el vórtice de los tiempos, y hasta pudiera darse el caso de espíritus selectos, de profunda vida interior, filosófica, mística o religiosa, que se hallasen, sí, dentro del ciclón, más en la zona reducida e interior del mismo, peligrosísima, pero en calma; que no hayan perdido por tanto la gravedad de la vida interior, no obstante la tempestad que brama con todas sus fuerzas en su contorno.

La historia consigna como algo completamente averado que la dispersión renacentista afectó muy de refilón al pueblo español: en el despertar del Renacimiento nuestra patria verifica su entrada triunfal en la historia del mundo como una colectividad de místicos, de teólogos y de aventureros, y esta colectividad permanece firme, con la gravedad necesaria para no ser arrastrada por el torbellino de lo pasajero y de lo mudable, por el ciclón de lo económico que el Renacimiento levantara. Y ese misticismo y ese espíritu aventurero no han desaparecido aun en las almas hispanas, que ni entienden, ni pueden entender de una existencia humana centrada en el cuidado y angustia.



En 1668 daba a luz *Francisco Santos* su obra titulada *El No Importa de España*; llámase a sí mismo *Francisco Santos Criado del Rey Nuestro Señor*; se trata por consiguiente de un libro escrito por un soldado o guerrero. Ya en el *A quien leyere* del librito dice Santos: «pero siempre me prometo buena acogida de vuestros discursos, lectores amigos, pues conocéis que mis deseos se enderezan sólo a dar vado a vuestros ahogos, para que no peligren en la confusión de tanto cuidado, como causa lo estrecho de los tiempos».

En aquellos tiempos, llamados de plena decadencia del Imperio Hispano, frente a la vorágine que arrebatara la vida española, ante el ciclón que amenaza destruirla, funciona el resorte de lo auténticamente español, no a manera de angustia o cuidado, sino bajo el lema tan castizo de *No Importa*.

Y la fuerza de tal resorte puede juzgarse por párrafos como el que vamos seguidamente a copiar del dicho libro:

«Escuchad de aquel sin segundo rey católico, de aquel defensor de la Fé, de aquel que sólo se le vió llorar, cuando vió llorar al pobre, de aquel amante de la Iglesia de Dios.»

«Gozaba de tranquila paz, cuando la fortuna con espantoso rumor decía: »Mira, Señor, que se te ha levantado un reino y aquellos a quien tenías »obligados, han sido traidores. A qué hombre no moviera esta nueva a la »venganza y la ira, que son las partes que hacen salir de sí a uno; pues con »un rostro propio y una serenidad notable, sólo decía: Gracias a Dios; celé- »brense cuarenta horas en mi capilla. Mirad, Señor, que clama el mundo »contra estos traidores. Pues remítase a la justicia. Mirad que ya se humi- »llan. Pues yo los perdono, si se humillan: cuanto hicieron y pensaron con- »tra mí, *No Importa*. El castigo, tóquele a la justicia; el perdonar, a mí. »¿Sois insensible, Señor? No. Pues mirad que se ha perdido la flota. Gra- »cias a Dios; avétese en la Capilla de las Cuarenta Horas y en los conven- »tos, que hagan rogativas. ¿Quién sois, Señor? (Aquí quiero que responda »la razón).»

«Un imitador de Moisés, que subía a la cumbre del monte a decir a Dios: »Señor este pueblo os ofende, castigo merece; pero perdonadle, que ya pa- »rece que se humilla. ¿Qué es esto, Señor? ¿Dónde está el sentimiento? En »el corazón, que es donde importa: haya interior sentimiento, que el exte- »rior, *No Importa*.»

«Pues mira, Señor, que tus pobres vasallos, los más leales que ha tenido »Monarca, gimen y suspiran con la careza de los tiempos; porque me acuer- »do, cuando sustentaba vuestra Majestad guerras en Flandes, Cataluña y »Francia, y entonces valía un pan medio real; una azumbre de buen vino, un »real; una libra de carnero, veintidós maravedís, una de vaca, dieciocho ma- »ravedís; el tocino añejo todo el año a veintiocho maravedís; el frescal en un »monte de canales, que en esa plaza se pasaban enteras o divididas, a me- »dio real. Hallábanse para los pobres bocados baratos: una libra de testuz, »catorce maravedís; una de codillos frescales, catorce maravedís; una libra »de cortezas del frescal, ocho maravedís; las menudencias del vientre de va- »ca y carnero, muy barato. Entonces comía el pobre con cuatro reales que »ganaba; ahora, con los mismos cuatro reales, no alcanza para pan, que se »lo piden desde que amanece cuatro hijos. Porque hoy vale una libra de va- »ca, doce cuartos; una de carnero, diecisiete; una de tocino, veinte; el pan, »catorce cuartos; el vino, ya no sé dónde lo venden, que agua envinada va- »le a catorce cuartos la azumbrilla; que si antes tenía la arroba once azum- »bres por la menor, ya tiene más, y el pobre menos. Aquí responde la logre- »ra malicia y dice:

«Todo cuanto has dicho, preso loco, encadenado por tal, *No Importa*. »Pero la atención de un piadoso rey decía al oír estas verdades, *sí impor- »ta*, y levantando la mano a los ojos, limpiaba lo que el corazón ofrecía por »sobra de su caudal. ¿Qué es esto, justo y grande rey? Sentir el afán del

»pobre y llorar porque llora; y esa es la entereza vuesira. ¿No ves que el po-
 »bre tiene asiento junto al corazón y el corazón junto al alma, y que las tern-
 »ezas de los ojos han manifestado lo mucho que le quiero y lo que siento
 »su afán?

»Al punto mandaba aquella Católica Atención que se remediase; y así no
 »debe pena quien ahuyenta de sí la pereza, abrazando la diligencia en dar fa-
 »vor a la necesidad. Si después estaba la pereza en los menores, yo no lo
 »sé: solo sé que su piedad fué grande, su celo, fervoroso, y su conmisera-
 »ción con el pobre, la mayor que tuvo rey».

«Y volviendo a mi gran monarca, digo que fué el más constante que tu-
 »vieron las edades; atento a que sus vasallos no conocieran en su semblan-
 »te el susto de la nueva infeliz, porque en la frente del príncipe lee el pueblo
 »la gravedad del peligro, como por la del piloto conjetura el pasajero si es
 »grande la tempestad. La constancia e igualdad de rostro anima a los vasa-
 »llos y admira a los enemigos: todo se vió en el mayor monarca del mundo,
 »que ya murló». (1)

Y tales reyes que vivían elevando al aire la bandera del casti-
 zo *No Importa*, tenían súbditos que morían envueltos en la
 misma bandera. Oigamos a Francisco Santos en el final de su
 obra:

«Abriáanse los pechos humanos y los unos bebían sangre de los otros, y
 »en esta confusa tropelía se oyó un eco lastimoso que dijo: mi naturaleza
 »frágil está sujeta a semejantes espectáculos, si llevada del logro la faltare
 »el freno de la recta justicia y católica religión. Volví los ojos a la cama del
 »enfermo pobre y le hallé muy sosegado, dada toda la vista a un Crucifijo,
 »Pero con lo que había visto, fué tanto el temor, que un fiero temblor, espar-
 »cido por todas las venas de mi cuerpo, me despertó y, vuelto de mi acuer-

(1) *El No Importa de España* compuesto por Francisco Santos, Criado del Rey Nuestro Señor. Dedicado al Excmo. Señor Don Bernardo Fernández Manrique, Conde de Castañeda, etc. En Madrid: Por Domingo García Moras. Año de 1668. Págs. 90-93 y 95. El problema sobre las causas de nuestra decadencia ha hecho sudar y emborronar papel y más papel a historiadores pseudo-filósofos, que marxistizaban sin darse cuenta. A lo mejor la clave de todo ello está en que *empezó a importarnos lo que nunca nos importó*, o sea, la riqueza o bienes económicos. A fe que a través de hombres como el magnífico Cardenal Mendoza, que murió adeudado, y del Arzobispo Antonio Agustín, que apenas si dejó para sufragar los gastos del entierro, nunca hubiera habido que plantearse el problema citado.

»do, reparé que aquella batalla era de los sentidos y potencias, del que em-
 »bebido en su hacienda, siente el dejarla. Y así, más quiero vivir con sustos
 »de pobreza, que no próspero de bienes, si tengo de tener estos fines, que
 »verdaderamente quien está adorando lo que tiene, siente lo que deja, y
 »quien no deja hacienda, solo siente en aquel trance la ofensa de Dios no
 »más; que en semejante hora el *haber vivido bien, temeroso de Dios, im-
 »porta*; que el dejar los bienes o puestos del mundo, *No Importa*.

El *No Importa*, lema tan auténticamente español, cifra magistralmente el alma aventurera de la raza. Dos son las notas esenciales, sin las que resulta inconcebible la aventura, a saber: *la soledad y la seguridad*. El aventurero se siente sólo y en ello estriba precisamente su fuerza; empieza por tanto desentendiéndose de todo lo que piensan y puedan pensar los demás; no se apoya en el otro o en los otros, y por tanto no se cuida nada de ellos. Su alma se entrega totalmente a la aventura, a la empresa; tiene fé plena en llevarla a cabo, porque se siente apoyado en lo que no puede faltarle nunca, en un instinto o inspiración de lo alto. El aventurero tiene *seguridad*: está *seguro* de todo y de todos, y por ello no se cuida de nada, ni de nadie.

¿La resistencia de los demás? *No Importa*. ¿La oposición del mundo entero? *No Importa*. Y con este *No Importa* afronta el aventurero la muerte misma, que lo coloca en el límite de lo incondicionado o absoluto. Está *seguro* y esto quiere decir *libre, exento de todo cuidado* (1).

clam ferro incautum superat, *securus* amorum
 germanae; (Aen., I, 350-351).

Para el aventurero el *No Importa* equivale a la frase gráfica con que el poeta venusino describe al varón justo:

(1) Tal es la significación etimológica de la palabra latina *securus* y tal es la acepción en que la usa Virgilio, cuando dice hablando del hermano de Dido, Pigmalión:

Si fractus inlabatur orbis,
 inpavidum ferient ruinae.

Este nuestro espíritu aventurero, junto con la vena mística, también esencial a nuestra raza, fueron los dos únicos elementos de contención en la vorágine por que atravesó la Europa del s. XVI. Sin el arrojo de nuestros soldados, de nuestros aventureros, sin la tenacidad de nuestros teólogos, sin el amor de nuestros místicos, el remolino del Renacimiento se hubiera convertido en el huracán más terrible y devastador que hubiera podido apoderarse de Europa. Los protestantes por una parte y los turcos por otra hubieran acabado mil y mil veces con nuestra civilización europea, con nuestra cultura cristiana. Supimos o por lo menos intentamos hacer caballeros, como nosotros lo éramos, caballeros cristianos, a buena parte de los pueblos de Europa, acometidos del vértigo de lo material, presos de la vorágine sensualista.

Sin la seguridad, sin la ausencia de todo cuidado no se concibe al aventurero: por eso amamos a D. Quijote; por eso reputamos por sublimes sus aventuras, porque en ellas reina un desaforado espíritu de libertad, que es lo más profundamente humano. Y es desaforadamente libre, porque está ajeno de todo cuidado, porque no le importa nada, ni nadie: *No Importa*, es el comentario con que tácitamente cierra el Andante Caballero sus más infelices aventuras.

Si en los primeros pasos de la vida ascética, en el llamado estadio o vía purgativa, la contemplación de nuestra nada, de nuestras faltas, puede crear un ambiente de angustia, una atmósfera de cuidado, cual lo relevado por Heidegger en su obra, no creemos que pueda considerarse como esencial a la mística ninguno de dichos estados. Al contrario, aun en místicos alemanes, como Tomás de Kempis, vemos exaltado lo *seguro*, la *seguridad* y por lo tanto la ausencia de cuidado. Sin que ello quiera decir que no vayan unidos con esta seguridad el *temor*, la *solicitud* y humildad, y el no *prometerse* seguridad en esta vida o confiarse demasiado en ella. (Kempis, I, 30, 7-20).

El concepto de cuidado que el Kempis aneja a lo místico es el pasar por entre todo género de cuidados, casi sin cuidado alguno—*inter multas curas quasi sine cura transire*—, no a la manera del frío o desidioso, sino en virtud de cierta prerrogativa de libertad espiritual (Kempis, III, 26, 1).

Sin gran dificultad se nos concederá la distinción entre dos especies o clases de temperamentos místicos: el del místico puramente contemplativo y el del místico activo. Tampoco nos parece aventurada la afirmación de que la mística española, el temple de nuestros místicos es el activo: una especie de mística aventurera, propia de nuestros grandes fundadores de órdenes religiosas, Domingo de Guzmán, Pedro de Nolasco, Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola y José de Calasanz. Y este espíritu de los fundadores se reflejó en sus hijos los misioneros que acompañaban a nuestros aventureros conquistadores del Nuevo Mundo, llevando a cabo al mismo tiempo la conquista espiritual de las almas para la Fé de Cristo, sin que esta actividad, fuera óbice para una vida interior, de retiro y soledad íntima, aun en medio del tráfico mundanal. Y no digamos nada del caballero medieval de la Fé, del aventurero de Cristo, teólogo, filósofo, místico y poeta Ramón Lull.

¿Y quién mejor que la Doctora Mística, la hidalga castellana, Teresa de Jesús, iba a sintetizar este rasgo de la mística española, esta ausencia de todo cuidado, esta seguridad puesta en Dios? (1)

(1) La ausencia de todo cuidado, el *descuido*, (como unido a la contemplación mística, aparecen, v. g., en Malón de Chaide y en S. Juan de la Cruz. Así dice el primero: «Ya María se deja de sí, ya se olvida de sí, ya no vive »en sí, ya muere en sí, ya la suma bondad, que es centro que dijimos de que »salen todas las cosas, la mueve sin moverse; ya la hermosura eterna la tira »a su centro, la une con él, la endiosa, y la *descuida* de sí y de todo lo que »es interese suyo (La Conversión de la Magdalena, edi. de la B. A. E., pág. 399) y S. Juan de la Cruz en el *Aviso* 354 dice: «Sin trabajo sujetarás las gentes y te servirán las cosas si te *olvidares de ellas y de tí mismo.*»

Nada te turbe,
nada te espante,
todo se pasa,
Dios no se muda,
la paciencia
todo lo alcanza;
quien a Dios tiene
nada le falta;
sólo Dios basta.

• • •

España, pueblo de aventureros y místicos, no ha sentido jamás gravitar sobre su existencia el ahogo de la angustia, el gravamen de los cuidados: su lema ha sido, es y será el *No Importa*, que en fin de cuentas equivale a proclamar paladinamente la supremacía de la libertad y del espíritu. Sobre el cuidado, sobre el peso de lo material, *mens agitat molem*, y la mente no se pone en juego, o deja de ser lo que es, ni por el prosaico garbanzo o las ganancias de Mercurio, ni aun por un trozo de tierra so pretexto de espacio vital. Los españoles hemos sabido no tener bastante con medio mundo, y recluirnos plegando nuestros resortes a las asperezas de los Pirineos, desde el cabo de Creus al de Finisterre, y todo ello cobijados siempre bajo la inmortal bandera del *No Importa*.

El alma moderna, presa de la angustia, oprimida por el cuidado, no ha sabido hacer otra cosa para *asegurarse*, para *liberarse*, sino aumentar los bienes materiales con una técnica y un capitalismo desenfrenados; ha creado bancos donde poner a *seguro* y acrecentar usurariamente sus bienes; ha *asegurado* casas, cosechas y hasta la misma vida, y con ello no ha logrado otra cosa sino acrecer la propia zozobra, agravar esa enfermedad de *cuidado* y *angustia*. No contentándose con *el Pan nuestro de cada día*, pretende asegurarlo para durante toda su existencia temporal, sin sentir apenas la menor inquietud por la ultratumba.

Nos hemos convertido en magníficos animales de presa, que aseguramos materialmente, de hoz y coz, el porvenir, sin que rebasemos en ello la mediocridad, y aun cayendo a veces en la estupidez, a través de ese amontonamiento de riquezas sin tino ni camino.

El animal no *asegura* nada: vive del presente y en el presente, que no es siquiera temporalidad. El hombre moderno llega a *asegurarse* para un futuro meramente material, que lo deja empero en la esfera de cuidados y zozobras. Solo el hombre espiritual se contenta con un presente que es eterno, con el del *Pan nuestro de cada día*; lo demás... *No Importa*.